

## Algunos aspectos de la antropología de San Agustín. Las “edades del hombre” en San Agustín

### RESUMEN

La relación entre las edades de la vida y las edades del mundo, lo expone Agustín en distintos libros, la más completa está en El comentario al Génesis contra los maniqueos. El mundo habría de pasar por seis edades (Adán-Noé; Noé-Abraham; Abraham-David; David-Babilonia; Babilonia-Cristo; Cristo-fin de los tiempos). Seis edades del mundo que se corresponden con las edades de los seres humanos (infancia, puericia, adolescencia, juventud, madurez, vejez). Seis periodos de trabajo que encuentran su fin al llegar a una época de reposo eterno, una séptima edad que asemeja al día de la creación en el que Dios descansó. Al amanecer de la séptima edad los hombres de buena voluntad encontrarán su reposo en el Señor. Este esquema establecería una correspondencia perfecta entre la llegada de Cristo a la tierra (la sexta edad) y el sexto día de la creación, en el curso del cual Dios “creó al hombre a su imagen y semejanza” (Ochenta y tres diversas cuestiones 58, 2). Siete son también las etapas de la vida espiritual, como grados de ascensión.

**PALABRAS CLAVE:** Edades del hombre, días de la creación, descanso, dones del Espíritu Santo, peldaños de subida.

### SUMMARY

The relation between the ages of life and the ages of the world is explained by St. Augustin in different books, the most complete is the commentary to the Gennesis against the Manichaeans. The world would have to go through six ages (Adan-Noe; Noe-Abraham; Abram-David; David-Babilonia; Babilonia-Christ; Christ-end of times). Six ages of the world that correspond with the ages of human beings (infancy, puerile, adolescence, youth, maturity, old age). Six periods of work that find this end when they reach the age of eternal rest, a seventh age that resemble the day of creation when God rested. At data break of the seventh age men of good will will find their rest in the Lord. This outline would establish a perfect connection between. The arrival of Christ to the earth (the sixth age) and the sixth day of creation, wich is when God

“made man into His image and resemblance. (Eighty Three questions 58, 2) Seven are also the stages of the spiritual life, as levels of Ascension.

KEY WORDS: Ages of man, Days of creation, Rest, Gifts of the Holy Spirit, Steps to climb

## 1. INTRODUCCIÓN

El problema filosófico del hombre encuentra una clave para ser interpretado en la narración de la creación, es decir, en los seis días del Génesis. En este relato se puede descubrir el ejemplo del universo. Así obra Dios creando y así crece el mundo en el tiempo: “Pero si alguno se inquieta porque al explicar estas edades del mundo sólo anotábamos en las dos primeras diez generaciones, y catorce en cada una de las tres siguientes, y en la sexta ninguna; le será fácil advertir que cada hombre en las dos primeras edades de él, en la infancia y en la puericia, vive sólo con los sentidos del cuerpo, los cuales son cinco, vista, oído, olfato, gusto y tacto, y este número cinco se halla duplicado como duplicado está el sexo humano, masculino y femenino, de donde procedieron aquellas generaciones; y el número cinco, como dije, duplicado compone el número diez; mas desde la adolescencia y en adelante, cuando ya empieza a prevalecer la razón en el hombre, se unen a los cinco sentidos el conocimiento y la acción con los cuales administra y gobierna la vida, y así ya comienza a existir en él el número séptimo, el que, igualmente duplicado por el doble sexo, constituye el número catorce, que parece y se muestra en toda su perfección en las catorce generaciones que forman las tres edades sucesivas, como la de adolescente, la de joven y la de anciano. La edad de la vejez, como en nosotros, no está definida por algún determinado número de años, sino que después de aquellas cinco edades, viva lo que viviere cada uno, viene ella y se la llama senectud; lo mismo sucede en esta sexta edad del mundo, en la que no aparecen generaciones, para que esté oculto el día último del tiempo, del cual manifestó el Señor que convenía útilmente estar oculto” (Comentario al Génesis contra los maniqueos 1, 24, 42). Agustín quiere siempre volver sobre la interpretación del Génesis porque le parece que ahí está la clave para entender la historia del hombre y del mundo.

Pero no podemos olvidar que Agustín, es tan genial, y creo que esto es siempre pretendido, que nunca agota ningún tema. Cualquier problema, cualquier pregunta que se hace, cualquier tema que trata, siempre deja aspectos abiertos, posibilidades de otras soluciones y una multitud de preguntas sin responder, porque siempre implica a su lector y espolea a su seguidor. Esto me parece sencillamente fascinante, aunque pueda parecer mera dispersión. Ciertamente siempre abre horizontes, orienta interpretaciones y sugiere esquemas que clarifican, es decir, te presenta todo el mundo y líneas a seguir. Por eso podemos afirmar que para entrar en su pensamiento tenemos a nuestra disposición un manojo de llaves que nos abren horizontes, ninguna llave maestra que abra todo, sino que todas son importantes. Curiosamente lo más determinante no son las respuestas y soluciones que nos ofrece, sino las preguntas y los esquemas que plantea.

## 2. LAS EDADES DEL HOMBRE

El esquema de las edades, referido a la vida personal, lo plantea así: “En la infancia se espera la adolescencia; en la adolescencia, la juventud; en la juventud, la edad adulta; en la edad adulta, la edad madura, y en la edad madura, la senectud. Si se llegará a ellas o no, es incierto. Pero, con todo, se las espera. Mas la senectud no tiene ninguna otra edad que esperar. Es incierto hasta cuándo le durará al hombre la senectud, pero es cierto que no le queda otra edad que suceda a la senectud. Porque Dios quiso, llegué a esta urbe en el vigor de mi edad. Entonces era un hombre adulto, ahora, en cambio, soy un anciano” (Carta 213, 1). Y referido a la historia, de esta otra manera: “Ahora bien, el final de los siglos, al igual que la senectud del hombre viejo, si es que llegas a comparar a todo el género humano como un solo hombre, está designado por la sexta edad, en la cual ha venido el Señor. Porque hay también seis edades en cada uno de los hombres: infancia, niñez, adolescencia, juventud, madurez y senectud. Así pues, la edad primera del género humano es desde Adán hasta Noé; la segunda, desde Noé hasta Abrahán. Etapas que son muy claras y conocidas. La tercera es desde Abrahán hasta David, porque así la divide el evangelista Mateo; la cuarta, desde David hasta la deportación a

Babilonia; la quinta, desde la deportación a Babilonia hasta la venida del Señor; la sexta hay que esperarla desde la venida del Señor hasta el final del siglo. Edad en la cual se desmorona, como la senectud, el hombre exterior, que también se llama hombre viejo, y se renueva el hombre interior día a día. Desde entonces comienza el descanso sempiterno, que está significado por el sábado. A esa realidad conviene el que el hombre fue creado el día sexto a imagen y semejanza de Dios” (Ochenta y tres diversas cuestiones 58, 2).

Como podemos comprobar uno de los esquemas es el de las seis edades, con un montón de ramificaciones que integran las edades del mundo, los seis días de la creación y los seis grados de elevación espiritual. La vejez no sería tan solo la edad del comienzo del declive físico del hombre, sino la edad en la que comienza su renovación espiritual <sup>1</sup> Los seis grados de elevación espiritual definen el crecimiento del hombre viejo y del nuevo. Si nos preguntamos ¿cuál es el origen de un esquema tan rico y sugerente? La respuesta la encontramos en su propia historia y en su vida y concepción del mundo, sin olvidar que, para él, la edad perfecta solo se puede lograr desde la perspectiva religiosa y lo que sucede en el hombre, sucede en los hombres: “Las referencias metafísicas o antropológicas con las que opera Agustín toman en cuenta, sea alternativamente sean relacionadas, las concepciones que al doble respecto tenía a mano: una, proveniente de la filosofía pagana; otra, de la sabiduría bíblica” <sup>2</sup>.

Esto lo confirma el mismo Agustín con frecuencia, por ejemplo, cuando afirma: “Porque los albores del género humano en los que comenzó a gozar de esta luz de vida, bien pueden ser comparados con el primer día en el cual Dios hizo la luz. Esta edad puede señalarse como la infancia del mismo mundo, al que debemos considerar como si fuera un hombre por la proporción de grandeza. Todo hombre cuando primeramente nace y crece, la primera edad de él la constituye su in-

---

<sup>1</sup> Cfr. Diccionario razonado del Occidente Medieval, Ediciones Akal, Madrid 2003, p. 246.

<sup>2</sup> ÁLVAREZ TURIENZO, S., *Regio Medio Salutis. Imagen del hombre y su puesto en la creación*. San Agustín. Universidad Pontificia de Salamanca. Biblioteca de la Caja de ahorros y M. P. de Salamanca 1982, p. 325.

fancia. Esta se extiende desde Adán hasta Noé, con diez generaciones, siendo como la tarde de este día el diluvio, porque también nuestra infancia desaparece como en la anegación del olvido” (Comentario al Génesis contra los maniqueos 1, 23, 35). Pero no podemos olvidar que ya Varrón distingue cinco etapas: infancia, puericia, adolescencia, juventud y senectud, a las que Agustín añade una sexta, dividiendo la última en gravedad y vejez. Probablemente Agustín lo que hace es mirar la obra de Dios, en los seis días de la creación y verla como símbolo de la obra del hombre. Siento esto así, deberá poner también una edad correspondiente al día séptimo de descanso de Dios, aunque esta edad corresponderá a la vida eterna, al sábado eterno (cfr. Comentario al salmo 6, 2).

Este esquema de las edades de la vida o de los periodos de la historia es recurrente en la obra de Agustín, aunque no siempre el esquema es tratado de la misma forma, a veces hace coincidir las cualidades del alma con las edades, sobre todo cuando se pone en la óptica del hombre viejo y del hombre nuevo, es decir, en el ámbito espiritual (cfr. La verdadera religión 26, 48-49). Al hilo de esta reflexión, Agustín anticipa la tesis central de las dos ciudades (cfr. La verdadera religión 27, 50). En otros momentos la relación de las edades es con los días de la creación, a los que corresponde un grado de vida espiritual, también jugando con el hombre carnal y el espiritual. Así lo trata Agustín: “Veo en todas estas palabras de la divina Escritura como seis edades del mundo llenas de fatigas y penas y como determinadas con sus límites fijos, desembocando en una séptima en la que se espera el descanso; y que estas edades tienen una semejanza con estos seis días en los que se hicieron todas las cosas, que narra la divina Escritura haber hecho Dios. Porque los albores del género humano en los que comenzó a gozar de esta luz de vida, bien pueden ser comparados con el primer día en el cual Dios hizo la luz. Esta edad puede señalarse como la infancia del mismo mundo, al que debemos considerar como si fuera un hombre por la proporción de grandeza” (Comentario al Génesis contra los maniqueos 1, 23, 35).

Es la edad de la juventud, la cuarta, la que aglutina todas las otras y es la central y la que sobresale: “A la verdad, la juventud sobresale entre todas las edades y ella es el fundamento insigne, el centro car-

dinal de todas las edades y, por lo tanto, magníficamente se compara al cuarto día en el que fueron creados los astros en el firmamento del cielo” (Comentario al Génesis contra los maniqueos 1, 25, 38). En otra ocasión, en el horizonte del hombre nuevo y sus moradas, el culmen de ellas es la séptima y se acompañan estas moradas por la acción de los dones del Espíritu Santo, pasando por las cuales se entra en la sabiduría y se goza en la paz: “Un tal hijo de Dios sube a la sabiduría, que es el séptimo y último grado, de la cual gozará tranquilo en paz. El comienzo de la sabiduría es el temor de Dios. Desde él, hasta llegar a la sabiduría, se camina por estos grados” (La doctrina cristiana 2, 7, 11).

Otra manifestación del mismo esquema se refiere a las edades en lo espiritual, tomando como modelo los grados de perfección, se nos presenta en La dimensión del alma 33, 70-76, donde se fija en la naturaleza del alma y sus maneras de manifestarse, ordenándose por grados, marcando las siete edades. Evidentemente hay que estar muy atentos para ver los pasos del alma camino de la sabiduría, que es un camino de interioridad trascendente y ascensional (cfr. La dimensión del alma 25, 79).

Este esquema de las edades que hemos visto con relación al crecimiento de la vida humana, se amplía también al mundo y a lo social: “Ahora bien, cada una de las edades tiene su hermosura en cada uno de los hombres desde la infancia a la senectud. Luego, así como es absurdo pretender que, en el hombre, sujeto del tiempo, su edad fuera solamente la juvenil, porque estaría envidioso de las otras hermosuras que tienen sus cambios y orden en las otras edades, igualmente es un excéntrico el que desea una única edad para el mismo conjunto del género humano” (Ochenta y tres diversas cuestiones 44). Como sucede con los individuos, las edades son aplicadas a la ciudad de Dios, las edades son seis, a las que se suma otra más, la séptima de la bienaventuranza eterna (cfr. La ciudad de Dios 22, 30, 4). Incluso llega a afirmar el día octavo eterno como eterno descanso: “A esta séptima, sin embargo, podemos considerarla nuestro sábado, cuyo término no será la tarde, sino el día del Señor, como día octavo eterno, que ha sido consagrado por la resurrección de Cristo, significando el eterno descanso no sólo del espíritu, sino también del cuerpo. Allí descansaremos y contemplaremos, contemplaremos y amaremos, amaremos y

alabaremos. He aquí lo que habrá al fin, mas sin fin. Pues ¿qué otro puede ser nuestro fin sino llegar al reino que no tiene fin?” (La ciudad de Dios 22, 30, 5).

El esquema de las edades le sirve a Agustín incluso para referirse a la historia de la Iglesia y a todos los miembros de ella. Cuando habla de las tinajas de agua convertido en vino, se refiere a las seis edades del mundo de Cristo (cfr. Comentario a Juan 9, 6). Es verdad que aplica este esquema al pueblo judío, pero en él están todos los pueblos (cfr. Comentario a Juan 9, 9). Este esquema a veces es simplificado y reducido a tres edades: antes de la ley, bajo la ley, en la gracia (cfr. La Trinidad 4, 4, 7). Esta misma reflexión es frecuente encontrarla en la obra agustiniana, por ejemplo, en su correspondencia (cfr. Carta 55, 3, 5), o en su reflexión teológica (cfr. Enquiridión 31, 118). Agustín explica lo que son estos tres estados: el primero vive en la carne y en la ignorancia; el segundo sirve al pecado por no poder cumplir los preceptos y el tercero, ayudado por Dios, el hombre es conducido por el Espíritu de Dios y vence la gracia. El eco de este esquema, con la coletilla del cuarto estado, en la paz, y su explicación resumida, nos la presenta Agustín en este texto: “Distingamos bien estos cuatro estados en que el hombre puede encontrarse: antes de la Ley, bajo la Ley, bajo la gracia, en la paz. Antes de la Ley seguimos los deseos de la carne. Bajo la ley somos por ella arrastrados. Bajo la gracia ni la seguimos, ni somos arrastrados por ella. En la paz ya no hay deseos carnales” (Exposición de algunos textos de la carta a los romanos 12 (13-18).

### 3. LAS DISTINTAS EDADES. AUNQUE SEA RESUMIDAMENTE DIGAMOS UNAS PALABRAS DE CADA UNA DE LAS EDADES

#### 3.1. La Infancia

En las Confesiones nos presenta Agustín algunas pistas sobre los primeros años del ser humano. De entrada, confiesa que no sabe “de dónde ha venido aquí” (Confesiones 1, 6, 7). Además, habla de oídas: “según tengo oído a mis padres carnales, del cual, y en la cual me formaste en el tiempo, pues yo de mí nada recuerdo” (Confesiones 1, 6, 7). “Después empecé también a reír, primero durmiendo, luego

despierto. Esto han dicho de mí, y lo creo, porque así lo vemos también en otros niños; pues yo, de estas cosas mías, no tengo el menor recuerdo” (Confesiones 1, 6, 8). Lo cierto es que Agustín no tiene una opinión muy favorable de este periodo: “Todo esto lo conocí más tarde, cuando me diste voces por medio de los mismos bienes que me concedías interior y exteriormente. Porque entonces lo único que sabía era mamar, aquietarme con los halagos, llorar las molestias de mi carne y nada más” (Confesiones 1, 6, 7). Esta opinión está marcada por su concepción del pecado (cfr. Confesiones 1, 7, 11). Hace alusión al llorar y patalear, a indignarse y ser caprichoso, aunque no lo recuerda, lo ha visto en otros infantes (cfr. Confesiones 1, 7, 11). No obstante, Agustín piensa que ha de alabar a Dios por esa etapa, por existir, vivir e intentar dar a conocer lo que sentía: “Porque al menos yo existía entonces, vivía, y ya al fin de la infancia buscaba signos con que dar a los demás a conocer las cosas que yo sentía” (Confesiones 1, 6, 10). Reconoce que ha recibido la vida e innumerables riquezas del mismo Dios (cfr. Confesiones 1, 7, 12).

Dice Agustín que a esta edad “Poco a poco comencé a darme cuenta dónde estaba y a querer dar a conocer mis deseos a quienes me los podían satisfacer, aunque realmente no podía, porque aquéllos estaban dentro y éstos fuera, y por ningún sentido podían entrar en mi alma. Así que agitaba los miembros y daba voces, signos semejantes a mis deseos, los pocos que podía y como podía, aunque verdaderamente no se les semejaban. Pero si no era complacido, bien porque no me habían entendido, bien porque me era dañoso, me indignaba con los mayores, porque no se me sometían, y con los libres, por no querer ser mis esclavos, y de unos y otros me vengaba con llorar. Tales he conocido que son los niños que yo he podido observar; y que yo fuera tal, más me lo han dado ellos a entender sin saberlo que no los que me criaron sabiéndolo” (Confesiones 1, 6, 8). Como podemos ver, en la infancia, para Agustín, no ha despertado todavía el ser humano al ejercicio de sus funciones, es cierto que vive y siente, pero, podríamos decir, no lo hace conscientemente, se vive y se siente en él, como algo que sucede, pero casi con pasividad personal, respondiendo a distintos estímulos, como si fuese un vivir externo.



Lo que dice en *Confesiones* de la infancia coincide con lo dicho en el *Comentario al Génesis* contra maniqueos. En esta obra de hecho, Agustín, leyendo los seis/siete días de la creación en un sentido cósmico y antropológico, afirma que “también nuestra infancia desaparece como en la anegación del olvido” (*Comentario al Génesis* contra los maniqueos 1, 23, 35) y que para cada uno de nosotros: “El primer día lo constituye la luz de la fe, cuando primeramente cree cada uno las cosas visibles, por cuya fe se dignó aparecer visiblemente el Señor” (*Comentario al Génesis* contra los maniqueos 1, 25, 43). La interacción de olvido y fe es constante en esta fase, de hecho, Agustín parece que pasa de un no conocer a un no recordar, a un olvido de los primeros gestos de la vida (cfr. *Confesiones* 1, 6, 7). Pero este no recordar se reemplaza por el testimonio de otros: “Según tengo oído a mis padres carnales, del cual y en la cual me formaste en el tiempo, pues yo de mí nada recuerdo” (*Confesiones* 1, 6, 7).

Probablemente lo que prima en esta etapa es el no recordar, como si no quisiera hablar de sí mismo, o como si quisiera narrar episodios generales y no individuales. Se ve que al unir olvido y fe da origen a una confesión en estado puro, aunque no recuerde siempre queda el alabar a Dios, también por el olvido: “Pero me recibieron los consuelos de tus misericordias... Me recibieron, digo, los consuelos de la leche humana, de la que ni mi madre ni mis nodrizas se llenaban los pechos, sino que eras tú quien, por medio de ellas, me daban el alimento aquel de la infancia” (*Confesiones* 1, 6, 7). Es como si Agustín quisiera insistir en que el niño entra en el mundo religioso, donde todo el bien viene de Dios.

La lectura que hace Agustín de la infancia en las *Confesiones* es como un suceder de hechos normales, como las primeras actividades de la infancia o el reír. Sin embargo, hasta los hechos más insignificantes, tienen su importancia. Agustín tiene una concepción de la infancia un tanto triste, de hecho, dice: “El niño que nace podía primero reír. ¿Por qué comienza a vivir llorando? Todavía no sabe reír. ¿Por qué sabe llorar? Porque comenzó a transitar por esta vida. Por tanto, si pertenece a los cautivos, llora y gime aquí, pero conseguirá el gozo” (*Comentario al salmo* 125, 10), claro, esto lo dice en un contexto en que habla de la vida humana como una vida desdichada. La curiosidad

de Agustín le hace preguntarse si la infancia ha sucedido a otra edad anterior y, como nadie puede satisfacer este interrogante, se lo pregunta a Dios.

Hay quien considera que en las Confesiones Agustín presenta las calamidades de la infancia. La infancia, por tanto, es la edad de no saber, la edad donde todo nos es desconocido, hasta la propia infancia. Tampoco la voluntad ha despertado en la infancia. Las primeras manifestaciones de la voluntad muestran en la infancia una gran enfermedad, expresan los deseos a los adultos (cfr. Confesiones 1, 6, 8). Provoca resentimiento cuando no es entendido, cuando no puede dominar el ambiente. La infancia está envuelta en el olvido, por esto, Agustín dice que debemos creer a los otros porque nosotros no sabemos, no recordamos. Aquí podemos ver la unión entre olvido y fe. Ante esto Agustín parece retrotraerse, o mejor, preguntar si ha habido un vivir antes del vivir de la infancia, cómo ha sido la vida intrauterina..., porque una oscuridad radical envuelve este periodo. Parece que Agustín, lo único que hace es interrogarse sobre el comienzo del hombre para resaltar la gracia de Dios desde el comienzo<sup>3</sup>. De hecho, en el comentario al Génesis contra los maniqueos, acercando la edad de la infancia al primer día de la creación, la veía caracterizada por el olvido y por la luz de la fe.

### 3.2. La niñez. Nacimiento de la razón

El pasaje de la niñez lo encontramos en Confesiones 1, 8, 13-20, 31. En la niñez ya está presente la memoria (cfr. Comentario al Génesis contra los maniqueos 1, 23, 36). Uno de los temas presente será el de la doctrina: “El segundo día es como el firmamento de la doctrina, por el cual el hombre divide lo carnal de lo espiritual, así como se dividieron en el firmamento las aguas inferiores de las superiores” (Comentario al Génesis contra los maniqueos 1, 25, 43). Es en esta época cuando se aprende a hablar, se adquiere un lenguaje: “Ya no era yo infante que no hablase, sino niño que hablaba. Recuerdo esto; pero cómo aprendí a hablar, lo advertí después. Ciertamente no me enseñaron esto

---

<sup>3</sup> Cfr. PIZZOLATO, L. F., pp. 123 ss.

los mayores, presentándome las palabras con cierto orden de método, como luego después me enseñaron las letras; sino yo mismo con el entendimiento que tú me diste, Dios mío, al querer manifestar mis sentimientos con gemidos y voces varias y diversos movimientos de los miembros, a fin de que satisficiesen mis deseos, y ver que no podía todo lo que yo quería ni a todos los que yo quería” (Confesiones 1, 8, 13). Fue el lenguaje de gestos el que le ayudó a aprender a hablar en un proceso natural. Con la misma solemnidad habla de la obediencia a la autoridad en este tiempo, que fue necesario aceptar y aprender: “¡Oh Dios mío, Dios mío! Y ¡qué de miserias y engaños no experimenté aquí cuando se me proponía a mí, niño, como norma de buen vivir la obediencia a mis preceptores para brillar en este mundo y sobresalir en las artes de la lengua, con las cuales después pudiese lograr honras humanas y falsas riquezas! A este fin me pusieron a la escuela para que aprendiera las letras, en las cuales ignoraba yo, infeliz de mí, lo que había de utilidad. Con todo, si era perezoso en aprenderlas, era azotado, sistema alabado por los mayores” (Confesiones 1, 9, 14).

A hilo de la edad de la niñez, Agustín nos presenta la clase de educación que recibió y nos adelanta alguna reflexión de su propuesta educativa. Nos habla de los castigos que reciben los niños y del amor al juego (cfr. Confesiones 1, 10, 16). Agustín no se siente cómodo con el griego, ni con la enseñanza, la lectura, la escritura y el contar (cfr. Confesiones 1, 13, 20). Evidentemente prefería el juego gratificante (cfr. Confesiones 1, 9, 15). Sigue repasando lo que recuerda de su niñez y no es que quede muy bien parada. Es más, pone en tela de juicio la inocencia de los niños (cfr. Confesiones 1, 19, 30). Ciertamente en la niñez, además de los datos que nos pueden proporcionar los adultos, tenemos ya recuerdos y podemos filtrar esos datos y controlarlos por nuestra memoria. Para individualizar la edad de la niñez, lo primero que se consigue es el lenguaje, que se consigue en el ámbito de la familia y que después se desarrolla en el ámbito escolástico.

Agustín tiene predilección entre las materias escolásticas, por el análisis literario más que por aprender nociones. Curiosamente, aunque asume su culpa, critica con dureza el método que se utiliza en la escuela antigua, que privilegiaba el miedo y el castigo más que la libre curiosidad (cfr. Confesiones 1, 14, 23). Esto tiene su importancia desde

el punto de vista pedagógico, de hecho, él condena un aprendizaje tan restrictivo. Parece que estuviese pensando en un programa educativo que conjuga disciplina y dulzura: “Mucho vocabulario útil aprendí en ellas, es verdad; pero también se pueden aprender en las cosas que no son vanas, y éste es el camino seguro por el que debían caminar los niños” (Confesiones 1, 15, 24), y que después especificará en el libro sobre la doctrina cristiana. En la niñez nace también en el hombre la vida intelectual: “Con todo, Señor, gracias te sean dadas a ti, excellentísimo y óptimo creador y gobernador del universo, Dios nuestro, aunque te hubieses contentado con hacerme sólo niño. Porque, aun entonces, era, vivía, sentía y tenía cuidado de mi integridad, vestigio de tu secretísima unidad, por la cual existía” (Confesiones 1, 20, 31).

### 3.3. Adolescencia

En la adolescencia vamos a poner de relieve dos cosas: Analizar el valor del grupo en el robo de las peras y analizar el texto del libro El orden 2, 8, 25. Normalmente la adolescencia era la edad más propensa al pecado, así parece insinuarlo Agustín: “Hecha, pues, la mañana desde Abraham, transcurre esta edad tercera semejante a la adolescencia, y muy bien se compara con el día tercero en el que fue separada la tierra de las aguas” (Comentario al Génesis contra los maniqueos 1, 23, 37), de hecho, desde la adolescencia se conecta con el tema del mal y de la tentación.

Agustín dedica el libro segundo de sus Confesiones a la adolescencia, a sus dieciséis años. Es sorprendente como comienza el libro: “Quiero recordar mis pasadas fealdades y las carnales inmundicias de mi alma, no porque las ame, sino por amarte a ti, Dios mío” (Confesiones 2, 1, 1). Agustín nos habla de la dispersión como uno de los aspectos que experimentó en esta edad, es decir, se pierde la unidad de su ser y se deshace en las cosas, se dispersa. Normalmente en esta edad se está más dispuesto a huir de uno mismo hacia las cosas. La gran tarea que se tiene delante será ordenarse, poner orden en las cosas, por eso dice Agustín: “¡Oh, quién hubiera regulado aquella mi miseria, y convertido en uso recto las fugaces hermosuras de las criaturas inferiores, y puesto límites a sus suavidades!” (Confesiones 2, 2, 3). La

situación económica de la familia le obliga a interrumpir los estudios. Se encuentra en su casa, en un ambiente protegido, entre amigos de la infancia y sin tener nada que hacer. Reconoce que este tiempo estuvo perdido (cfr. Confesiones 2, 10, 18). Es la crisis de la adolescencia, con pasiones descontroladas, que él mismo juzga con severidad. Insiste en que está desorientado, agitado y que no se controla. Los desmanes y dispersiones de Agustín en la adolescencia, como mandan los cánones de la edad, los hace en grupo. Incluso, para quedar bien, se inventaba cosas no hechas (cfr. Confesiones 2, 3, 7).

La adolescencia es la edad en la que uno cree que sabe. Es una edad sumamente rica y fundamental, ya que, solo llegaremos a ser adultos si fuimos adolescentes. Puestos en el ámbito del conocer, saber que no sabemos, sigue de cerca la edad en que creímos saber, pero las edades siempre van con nosotros (cfr. Confesiones 1, 8, 13). La maldad de Agustín en el decimosexto año, queda tipificado en el robo de las peras. Cuando Agustín nos lo recuerda, resalta que lo hizo con ausencia de motivo. Es tan especial que no se hizo para conseguir esto o aquello otro. Como si se quisiera el mal por el mal mismo, siendo más disculpable el que tiene un motivo: “Ésta es la razón por que cuando se inquiera la causa de un crimen no descansa uno hasta haber averiguado qué apetito de los bienes que hemos dicho ínfimos o qué temor de perderlos pudo moverle a cometerlo. Hermosos son, sin duda, y apetecibles, aunque comparados con los bienes superiores y beatíficos son viles y despreciables” (Confesiones 2, 5, 11). Una acción hecha por el gusto de hacerla parece un pecado sin catalogar, es como tocar el mal en estado puro, que resulta contradictorio. Pero, en el fondo, lo que justifica, o mejor, clarifica la acción es que se hiciese en grupo, con otros. Agustín confiesa que él solo no lo hubiera hecho (cfr. Confesiones 2, 9, 17).

Se detiene a hablar del robo de las peras. Nos puede iluminar lo que dice, afirmando que solo nunca le hubiese hecho, que ha sido el consorcio con otros el motor de tal acción (cf. Confesiones 2, 8, 16). Cuando analiza el hecho no solo se fija en el carácter moral, sino también en el psicológico. No hizo el robo por la excelencia de lo robado, sino por el mismo robar, por el mero hecho de cometer el robo. Se pregunta: “¿qué era lo que me deleitaba en el robo?” (Confesiones 2,

6, 12) y dice: “¿Es posible que me fuera grato lo que no me era lícito, y no por otra cosa sino porque no me era lícito?” (Confesiones 2, 6, 14). Agustín sigue indagando porque quiere dar respuesta a su interrogante y, después de ir paso a paso, dice: “¡Oh amistad enemiga en demasía, seducción inescrutable del alma, ganas de hacer mal por pasatiempo y juego, apetito del daño ajeno sin provecho alguno propio y sin pasión de vengarse! Pero basta que se diga: «Vamos, hagamos», para que se sienta vergüenza de no ser desvergonzado” (Confesiones 2, 9, 17). Y es que, fue el grupo el que le llevó a cometer el acto, porque fue el divertirse juntos, el gusto de arriesgarse en compañía psicológicamente pesó mucho, la complicidad de hacer daño a otros, sin deseo de ganar nada.

La investigación no termina ahí, de hecho, dice: “Ni era el gozar de aquello lo que yo apetecía en el hurto, sino el mismo hurto y pecado” (Confesiones 2, 4, 9). Y esto provoca otra pregunta: “¿Pues qué fue entonces lo que yo, miserable de mí, amé en ti, oh hurto mío, oh crimen nocturno mío de mis dieciséis años? Porque no eras hermoso, siendo un hurto. Pero ¿es que eres algo para que yo hable contigo?” (Confesiones 2, 6, 12). Parece que no pretende sacar provecho y eso es sacar placer de lo ilícito, esto es lo reprochable. Es, piensa, la crisis de la pubertad: “Sino que del fango de mi concupiscencia carnal y del manantial de la pubertad se levantaban como unas nieblas que obscurecían y ofuscaban mi corazón hasta no discernir la serenidad de la dirección de la tenebrosidad de la libidine. Uno y otro abrasaban y arrastraban mi flaca edad por lo abrupto de mis apetitos y me sumergían en un mar de torpezas” (Confesiones 2, 2, 2).

El robo de las peras le sirve a Agustín para presentar su concepción de la ley escrita y de la ley grabada en el corazón de los hombres (cfr. Comentario al salmo 57, 1). Hay una ley divina que se identifica con la razón y con el espíritu del sabio, que nos indica lo que debemos o no debemos hacer. Seguir esta ley interior puede quedar casi imposibilitado por el pecado, y por eso se dio la ley escrita en las tablas a Moisés. Esta ley invita al hombre a volver al interior. Tanto la ley interior como la exterior, condenan el robo (cfr. Comentario al salmo 57, 1). Robando las peras con otros adolescentes, Agustín cumple un acto voluntario, no para gozar de un bien, no movido por ninguna necesidad, las posee mejores, y ni siquiera quiere gozar, es decir, no busca ningún

beneficio. ¿Por qué lo hace? En un primer acercamiento, lo hace por amor al pecado, por el placer de lo prohibido. Para Agustín, la maldad no tiene otra causa que la maldad misma.

*Algunas características espirituales de la adolescencia*<sup>4</sup>.

Agustín parece que está dando algunos consejos a los adolescentes que quieren llegar a la sabiduría, son como las condiciones preliminares de los que quieran estudiar y llegar a buen puerto. Se tratará de ordenar la vida y ordenar los estudios y conocimientos, por eso el camino es doble. El texto no tiene desperdicio, dice: “Esta disciplina es la misma ley de Dios, que, permaneciendo siempre fija e inconcusa en Él, en cierto modo se imprime en las almas de los sabios; de modo que tanto mejor saben vivir y con tanta mayor elevación, cuanto más perfectamente la contemplan con su inteligencia y la guardan con su vida. Y esa disciplina a los que desean conocerla les prescribe un doble orden, del que una parte se refiere a la vida y otra a la instrucción. Los jóvenes dedicados al estudio de la sabiduría se abstengan de todo lo venéreo, de los placeres de la mesa, del cuidado excesivo y superfluo ornato de su cuerpo, de la vana afición a los espectáculos, de la pesadez del sueño y la pigracia, de la emulación, murmuración, envidia, ambición de honra y mando, del inmoderado deseo de alabanza. Sepan que el amor al dinero es la ruina cierta de todas sus esperanzas. No sean ni flojos ni audaces para obrar. En las faltas de sus familiares no den lugar a la ira o la refrenen de modo que parezca vencida. A nadie aborrezcan. Anden alerta con las malas inclinaciones. Ni sean excesivos en la vindicación ni tacaños en perdonar. No castiguen a nadie sino para mejorarlo, ni usen la indulgencia cuando es ocasión de más ruina. Amen como familiares a todos los que viven bajo su potestad. Sirvan de modo que se avergüencen de ejercer dominio; dominen de modo que les deleite servirles. En los pecados ajenos no importunen a los que reciban mal la corrección. Eviten las enemistades con suma cautela, súfranlas con calma, terminenlas lo antes posible. En todo trato y conversación con los hombres aténganse al proverbio común: “No hagan a nadie lo que no quieren para sí”. No busquen los cargos de la

---

<sup>4</sup> En este apartado soy deudor de EGUIARTE, E., «San Agustín y los jóvenes», en *Mayeutica* 43 (2017) 267-306.

administración del Estado sino los perfectos. Y traten de perfeccionarse antes de llegar a la edad senatorial, o mejor, en la juventud. Y los que se dedican tarde a estas cosas no crean que no les conciernen estos preceptos, porque los guardarán mejor en la edad avanzada. En toda condición, lugar, tiempo, o tengan amigos o búsqúenlos. Muestren deferencia a los dignos, aun cuando no la exijan ellos. Hagan menos caso de los soberbios y de ningún modo lo sean ellos. Vivan con orden y armonía; sirvan a Dios; en Él piensen; búsqúenlo con el apoyo de la fe, esperanza y caridad. Deseen la tranquilidad y el seguro curso de sus estudios y de sus compañeros; y para sí y para cuantos puedan, pidan la rectitud del alma y la tranquilidad de la vida” (El orden 2, 8, 25).

En este libro expone el orden que un estudioso ha de emplear para conseguir un adecuado contenido intelectual y ético ante las exigencias del futuro (cfr. Retracciones 1, 3, 1). Agustín quiere marcar el camino que ha de seguir un estudiante para llegar a conocer las ciencias que llevan a la meta de la vida (cfr. El orden 2, 7, 24). Piensa Agustín que para conseguir esto se necesita un método, que es una ley grabada en el hombre, que se va aclarando en los que intentan entenderla y seguirla. Esta disciplina nos pide un doble ejercicio: una conducta ética determinada y un estudio serio. Es como todo un programa que Agustín pide a los adolescentes, si no quieren fracasar. Podemos rastrear esta doctrina en los estoicos y en otros muchos lugares de los autores antiguos, pero parece que la fuente donde bebe Agustín, a juzgar por lo que él mismo dice, es Pitágoras (cfr. El orden 2, 20, 53-54). Ciertamente esto no excluye que tenga el texto resonancias bíblicas bastante claras. Vamos a nombrar, y poco más, las diez cuestiones de las que hay que abstenerse para dedicarse al estudio. Podemos decir que son diez elementos necesarios para ordenar la vida.

- Abstenerse de todo lo venéreo. Puede ayudarnos a entender lo que nos quiere decir, lo que afirmaba Agustín en otro lugar utilizando términos parecidos: “¿Por qué no escuchan al que suplica, enredado en placeres sensuales, si ellos no tienen reparo en inducir a cualesquiera uniones impúdicas?” (La ciudad de Dios 10, 11, 2). Lo que Agustín pide para poder estudiar con garantías es abstenerse de todo tipo de relaciones sexuales impuras, impúdicas o vergonzosas.



- Abstenerse de los placeres de la mesa. Se trata de estar atentos a las seducciones de la comida y de la bebida. Hablando de los anacoretas y cenobitas, dice: “Acto seguido van a tomar su alimento, manteniéndose en los límites que fijan la salud y la castidad y frenando de este modo la concupiscencia para que no se desfogue en presencia de tan pocos y tan ordinarios alimentos. Y así se abstienen no sólo de carnes y de vinos, con el único fin de domar la concupiscencia, sino de toda clase de manjares que tanto más estimulan el estómago y el gusto cuanto más puros son juzgados por algunos” (Costumbres de la Iglesia 1, 31, 67). Agustín considera que es relativo y aprovechan poco estos placeres (cfr. Comentario a Juan 10, 6). Será importante amar la inteligencia y desechar todo lo que la embota o no permite que funcione adecuadamente (cfr. La verdadera religión 54, 104). Apegarse a los bienes de aquí y no buscar a Dios, es equivocar la vida entera, y no se tendrá posibilidad de reparar (cfr. La verdadera religión 54, 105).
- El cuidado excesivo y superfluo ornato de su cuerpo. De sí mismo, siendo adolescente, dice: “Deseaba con afán, rebosante de vanidad, pasar por elegante y cortés” (Confesiones 3, 1, 1). Agustín, hablando del cuidado excesivo, nos habla de Esaú, es decir, de la avidez, como subrayando que se refiera a algo que no tiene medida, que es enorme (cfr. La ciudad de Dios 16, 37). El ir bien vestido será algo natural, sin embargo, hay que tener en cuenta que se utiliza también para distinguir las clases sociales, entre otras cosas (cfr. La doctrina cristiana 2, 25, 39), pero también pueden mostrar las preocupaciones que cada uno tiene: “Quien se distingue por el inmoderado cuidado de su cuerpo y vestido, o el esplendor de otras cosas, fácilmente es convencido por las mismas cosas de ser partidario de las pompas del mundo y no engaña a nadie con una imagen aparente de santidad” (El sermón de la montaña 2, 12, 41). En definitiva, lo que Agustín pide a los adolescentes que quieren dedicarse a estudiar, es que no sean vanidosos ni presumidos.
- Se abstengan de la vana afición a los espectáculos. Parece que esto era un problema bastante extendido en el tiempo de Agustín, recordemos a Alipio (cf. Confesiones 6, 7, 12-8, 13), o el mismo Agustín (cfr. Confesiones 3, 2, 2). Agustín, de hecho, reconoce la inmoral-

dad de muchos de estos espectáculos: “Tenedlo en cuenta, vosotros que murmuráis contra el que os libró de tales tiranos: los juegos escénicos, espectáculo de torpezas y desenfreno de falsedades, fueron creados en Roma no por vicios humanos, sino por orden de vuestros dioses” (La ciudad de Dios 1, 32). En otro lugar leemos: “A no ser que los tiempos actuales sean malos porque en casi todas las ciudades caen los teatros, guaridas de torpezas y profesión pública de deshonestidad, y caen también los foros y murallas en los que se adoraba a los demonios. ¿A qué se debe que caigan, sino a la penuria de los materiales con cuyo uso lascivo y sacrílego se han levantado? Cuando Cicerón elogió a cierto histrión de nombre Roscio, ¿no dijo que era tan competente que era el único digno y merecedor de subir a las tablas, y tan bueno que era el único digno y merecedor de no acercarse a ellas? ¿Qué manifestaba con la máxima claridad, sino que aquel espectáculo era tan deshonesto que tanto menos debía entrar allí un hombre cuanto varón mejor fuese? Y, sin embargo, sus dioses se aplacaban con actos tan deshonorosos que pensaban que el hombre bueno debía mantenerse alejado de ellos” (Concordancia de los evangelistas 1, 51).

- Se abstengan de la pesadez del sueño y de la pereza. Probablemente se está hablando de ser flojos y dejarse llevar, de la rutina y la flojera, del torpor de la vida: “Nosotros, por el contrario, leemos los libros de los profetas y de los apóstoles para recordar nuestra fe, consolar nuestra esperanza y exhortarnos al amor; libros que muestran su mutuo acuerdo, y con ese acuerdo, como con una trompeta celeste, nos despiertan del torpor de la vida mortal y nos ponen en tensión hacia la palma de la suprema vocación” (Réplica a Fausto 13, 18). Los adolescentes deben superar esa indiferencia espiritual, pero solo lo podrán si son ayudados por Dios (cfr. La bondad de la viudez 22).
- Deben superar las rivalidades. La rivalidad y la vanagloria son para Agustín realidades malsanas de las que deben huir los adolescentes, que quieran ser dueños de sí mismos. Basta recordar cómo reprende a sus jóvenes alumnos: “Encarándome con ambos, les reprendí: Pero ¿es éste vuestro espíritu? ¡No sabéis cuan pesada carga de vicios nos oprime y qué tenebrosa ignorancia nos envuelve!

¿Dónde está aquella vuestra atención y ánimo levantado a Dios y a la verdad, de que poco ha me gloriaba yo ingenuamente? ¡Oh si vierais, aun con unos ojos tan turbios como los míos, en cuántos peligros yacemos y de qué demente enfermedad es indicio vuestra risa! ¡Oh si supierais, cuan pronto, cuan luego la trocaríais en llanto! ¡Desdichados! ¡No sabéis dónde estamos!... Si algún cariño me tenéis, si algún miramiento de amistad; si comprendéis cuánto os amo, cuánto estimo y el cuidado que me da vuestra formación moral; si soy digno de alguna correspondencia de parte vuestra; si, en fin, como Dios es testigo, no miento al desear para vosotros lo que para mí, hacedme este favor. Y si me llamáis de buen grado maestro, pagadme con esta moneda; sed buenos” (El orden 1, 10, 29). La rivalidad parece emparentada con la envidia, aunque sean diferentes (cfr. Exposición de la carta a los gálatas 52).

- Absténganse de la murmuración, de la crítica maligna. Agustín escribe a un obispo llamado Pablo y le dice: “No cesas de enredarte más y más, y después de la renuncia te has entrometido en las ocupaciones que renunciaste. Eso no puede defenderse en modo alguno, ni siquiera ante las leyes mismas humanas. Y se dice que vives en tal forma que no puede bastarte ya la frugalidad de tu iglesia. ¿Para qué buscas mi comunión, pues nunca quisiste escuchar mis recomendaciones? ¿O por qué quieres que me hagan a mí responsable de tu conducta los hombres, cuyas quejas no puedo tolerar? En vano sospechas que te persiguen tus difamadores porque siempre se opusieron a ti en tu profesión anterior” (Carta 85, 2). Parece que de lo que se trata es de que se expresa con palabras hirientes, de injuriar y calumniar.
- Abstenerse de la envidia. Lo que Agustín pide a los adolescentes es que eviten la hinchazón de la soberbia (cfr. Las costumbres de la Iglesia 1, 67). Se trata de sentirse mal ante la felicidad de los otros. Como vemos Agustín la vincula a la soberbia, pero también las distingue (cfr. Comentario al Génesis a la letra 11, 14, 18). La envidia es siempre desechable: “Ciertamente, si son felices, no tendrán envidia de nadie, pues no hay cosa más miserable que la envidia” (La ciudad de Dios 9, 14). Parece lógico que cuando no existe envidia, los otros son enriquecedores: “Y quienes menos tengan no os

rehuirán, dado que, donde no hay envidia, se participa de lo que poseen los demás. Tened, pues, seguridad y confianza” (La santa virginidad 29, 29). Siempre se debe evitar que crezca la envidia en nuestras vidas, de tal manera que crezca la caridad y no hablemos mal del hermano (cfr. Exposición a la carta a los gálatas, 45).

- Abstenerse de la ambición de honores y de poder. Deseo inmoderado de poder. Tener “ansias de dominar” (La ciudad de Dios 14, 15). Es verdad que Dios le dio el dominio sobre todo lo creado, pero si este dominio se convierte en inmoderado o desordenado, hay que ponerle freno (cfr. El libre albedrío 1, 8, 18). Este querer dominar por encima de todo provoca las guerras y destruye al hombre: “Es este apetito de dominio el que trae a mal traer y destroza a la Humanidad” (La ciudad de Dios 3, 14, 2). Por tanto, deberíamos dejarnos dirigir por el amor y no por el dominio: “La primera está dominada por la ambición de dominio en sus príncipes o en las naciones que somete; en la segunda se sirven mutuamente en la caridad los superiores mandando y los súbditos obedeciendo” (La ciudad de Dios 14, 28).
- Deseo inmoderado de alabanza. Agustín se da cuenta de que esto es humo y que los adolescentes se abstengan de ello y se dediquen a otras cosas (cfr. Contra académicos 1, 1, 2). Estos honores pasan y dejan vacío e infelicidad: “Contemplando a Cristo, no te arredre reprensión de hombre alguno ni temas su poder. El honor de este siglo pasa. Pasa la ambición. Ni ábsides escalonados, ni cátedras tapizadas, ni cuadrillas de monjas entusiastas y bullangueras servirán de defensa en el futuro tribunal de Cristo, cuando empiece a acusar la conciencia y a juzgar el árbitro de la conciencia. Lo que aquí da honores, allí dará agobios; lo que acá alivia, allá abruma” (Carta 23, 3).
- No busquen los cargos de la administración del Estado sino los perfectos<sup>5</sup>. Los perfectos son los que han concluido el programa de estudios y están preparados para administrar correctamente los

---

<sup>5</sup> Cf. VILLEGAS, M., «Rempublicam nolint administrare nisi perfecti», en *Anuario jurídico y económico escurialense*, LI 2018, 251-262.

bienes comunes. Se refiere a los que han sacado adelante una carrera y están preparados ética e intelectualmente. ¿Qué es lo que pide Agustín a los adolescentes? Antes de asumir una responsabilidad pública deben haberse comprometido a ser honestos, es decir, comportarse según los principios de vida y, después, instruirse adecuadamente. El aspecto ético es el cimiento mismo para aprender una ciencia, sea la que sea. ¿Cómo instruirse? Dos caminos: la autoridad y la razón o, dicho de otra manera, que te enseñen o que desarrolles y asimiles lo que la propia razón y el juicio te proporcionen. Agustín llama a la adolescencia “Dos cosas que cautivan fácilmente a aquella edad carente de prudencia” (Las dos almas del hombre, 11).

### 3.4. Juventud

El concepto de joven en Agustín no es el mismo que ahora. Veremos la edad de la juventud en el sentido que lo tiene Agustín, aunque coincidan con algunos aspectos nuestros. Agustín sigue el criterio de su tiempo, donde la juventud comenzaba hacia los veinte años y se extendía hasta los cuarenta.

Las edades del hombre le sirven a Agustín como esquema general para hablar del hombre. Estas edades se reflejan en las diferentes horas en que son contratados los obreros para trabajar en la viña: “Los niños creen: llegaron a la primera hora; creen los adolescentes: llegaron a la hora de tercia; creen los jóvenes: llegaron a la hora de sexta; creen los hombres maduros: llegaron a la hora de nona; creen los ancianos: llegaron a la última hora. Llegaron a distintas horas y recibieron una única recompensa” (Sermón 335 M, 5). Agustín invita a responder a la llamada cuando es hecha, sea a la hora que sea, sin ser perezosos: “Pues si, por ejemplo, los que fueron llamados a mediodía, es decir, los que se hallan en la edad física en que los años jóvenes arden como arde también el mediodía; si esos jóvenes llamados dijeran: «Espera, pues hemos oído en el evangelio que todos han de recibir una única recompensa; iremos cuando nos hagamos viejos, a las cinco de la tarde; habiendo de recibir lo mismo, ¿para qué fatigarnos?». Estos obtendrían como respuesta

«¿No quieres fatigarte, tú que ignoras si has de vivir hasta la senectud? Te llaman a mediodía, vete entonces» (Sermón 87, 6).

Cuando Agustín comunica su decisión de nombrar a un sucesor, también hace referencia a las edades del hombre e indica que ya es viejo: “Todos en esta vida somos mortales, y el día último es siempre incierto para todos. En la infancia se espera la adolescencia; en la adolescencia, la juventud; en la juventud, la edad adulta; en la edad adulta, la edad madura, y en la edad madura, la senectud. Si se llegará a ellas o no, es incierto. Pero, con todo, se las espera. Mas la senectud no tiene ninguna otra edad que esperar. Es incierto hasta cuándo le durará al hombre la senectud, pero es cierto que no le queda otra edad que suceda a la senectud. Porque Dios quiso, llegué a esta urbe en el vigor de mi edad. Entonces era un hombre adulto, ahora, en cambio, soy un anciano” (Carta 213, 1).

Hemos dicho que en torno a los veinte años comienza la juventud, así considera Agustín que Esaú es un joven cuando vendió la primogenitura (cfr. Cuestiones sobre el Heptateuco 1, 75). Jesús siendo joven fue crucificado: “Simeón reconoció al niño que no hablaba, mientras los judíos dieron muerte a un hombre maduro que obraba maravillas” (Sermón 370, 2). De hecho, resucita con cuerpo de joven: “Ese mismo poder sacó los miembros del infante de las virginales entrañas de su madre, como más tarde introdujo los miembros de un adulto por las puertas cerradas” (Carta 137, 8).

Cuando habla de él como joven, que llegó a Hipona siendo joven (Cf. Sermón 355, 2), tenía unos 37 años o cuando dice que conoció a Joviniano siendo joven y tenía en torno a 45 años (cfr. Las Herejías 82). Lo cierto es que Agustín se considera joven pasando de los cuarenta y a los cincuenta se considera ya viejo. En la carta 73, le dice a Jerónimo: “Recuerdo haber escrito en mi juventud a tu santidad una carta acerca de unas palabras del Apóstol a los gálatas (carta 28, año 395), y heme aquí ya viejo (año 404), sin haber merecido todavía una contestación” (Carta 73, 5). Podemos decir, por tanto, que para Agustín la juventud se extiende aproximadamente desde los veinte años hasta cerca de los cincuenta. A partir de los sesenta ya comienza la senectud: “En efecto, cuando se dice que la senectud comienza desde los sesenta años, pu-

diendo llegar la vida humana hasta los ciento veinte años, está claro que la senectud sola puede ser tan larga como todas las demás edades anteriores” (83 diversas cuestiones 58, 2).

Podemos ver la juventud desde dos prismas, desde el momento de la vida en el que se está en la plenitud corporal (cfr. La dimensión del alma 21, 35) y como actitud del alma y del corazón: “Tú adiestras y amaestras puerilmente a los niños, con fortaleza a los jóvenes, con delicadeza a los ancianos, conforme a la edad de cada uno, en su cuerpo y en su espíritu” (Las costumbres de la Iglesia 1. 30, 63). ¿Qué es esta actitud del alma? Parece que tiene que ver con el corazón, aunque tampoco en esto Agustín es claro.

Los libros sobre la Trinidad los comenzó el año 399, a la edad de 45 años. De ellos dice: “Los libros sobre la Trinidad, sumo y verdadero Dios, los comencé siendo joven y los he publicado ya anciano” (Carta 174). Como vemos la terminología no siempre está clara, con frecuencia, entre la juventud y la vejez, sitúa una edad intermedia, la madurez, pero otras veces pasa inmediatamente de la juventud a la vejez: “Los hijos son niños. Acaricias a los niños; los niños acarician. ¿Acaso permanecen en este estado? Deseas que crezcan, deseas que avance la edad. Pero ve que, cuando una se acerca, desaparece la otra. Al acercarse la niñez, desaparece la infancia; al llegar la juventud, desaparece la adolescencia; al llegar la vejez, desaparece la juventud, y, al llegar la muerte, desaparece toda edad” (Comentario al salmo 127, 15).

Veamos alguna característica de los jóvenes. Se trata de poner de relieve algunas características espirituales de los jóvenes tal como nos los presenta Agustín. En el primer comentario al Génesis, hablando de los seis días de la creación, los ve como momentos de la historia de la salvación o como las seis edades del hombre, pero este esquema es cambiado bajo la influencia de Pablo y los reduce a cuatro etapas: antes de la ley, bajo la ley, bajo la gracia, en la paz. Sabemos que la característica espiritual de esta etapa es la época donde crecen las fuerzas: “Los jóvenes crecen de día en día en fuerzas hasta que disminuyen de nuevo al ir envejeciendo el cuerpo” (La dimensión del alma 21, 35). Pero en el Comentario al Génesis contra los maniqueos, la juventud

está encuadrada en el cuarto día de la creación, que es el centro de todas las edades (cfr. Comentario al Génesis contra los maniqueos 1, 23, 38). Encuadrado en este cuarto día, deben dar testimonio del esplendor del reino (cfr. Comentario al Génesis contra los maniqueos 1, 23, 38). Agustín siempre pide a los jóvenes ser testigos de lo que creen (cfr. Sermón 306, 10).

Otra de las características de los jóvenes, aunque estén envueltos en debilidad, deben acentuar la humildad para recurrir a Dios (cfr. Sermón 165, 1), así serán fuertes en Dios: “*Os escribo a vosotros, jóvenes. Considerad una y otra vez que sois jóvenes; luchad para vencer; vencid para recibir la corona; sed humildes para no caer en el combate*” (Comentario a la carta de Juan 2, 7). Siempre es consciente del peligro de la soberbia. Los jóvenes viven una cierta plenitud y esto puede acarrear ser autosuficientes y creer no necesitar a nadie (cfr. Comentario al salmo 130, 7). Les pide coherencia y que no pidan a los demás lo que ellos no hacen (cfr. Sermón 132, 2).

Pensando en el hijo pródigo, siempre habla del hijo más joven, que es modelo de todo joven porque tiene una enorme capacidad de reflexión, de entrar en su interior, de contemplar su miseria y levantarse de su postración para ir al Padre. Esta capacidad de levantarse es una de las cosas que Agustín a todo joven, les dice (cfr. Sermón 22, 8). El joven tiene la capacidad de mejorar siempre, de estar en permanente conversión (cfr. Comentario al salmo 118, 5, 2). Parece que quiere una juventud que se renueva como el águila (cfr. Comentario al salmo 102, 9).

### 3.5. La madurez

La madurez es el periodo de la vida en el que se ha alcanzado la plenitud vital y aún no se ha llegado a la vejez: “La transmigración a Babilonia constituye la mañana de la quinta edad, cuando el pueblo fue colocado en un destierro benigno y en un ocio pasajero. Esta edad se prolonga hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo, y comprende el descenso de la juventud hasta la vejez, no es, pues, todavía senectud, pero tampoco es ya juventud; es la propia de los provecos a la que los griegos llaman «presbiten» y que nosotros decimos edad



madura o proividad. Los griegos al anciano no le dicen «presbites» (hombre de edad madura), sino «geron» (viejo). Y, ciertamente, de igual modo esta edad en el pueblo judío se va encorband y quebrantando desde la firmeza del reino, como el hombre a partir de la juventud se va haciendo viejo. Perfectamente se compara esta edad con aquel día quinto” (Comentario al génesis contra los maniqueos 1, 23, 39). Con esto casi hemos dicho todo lo que se puede decir de esta edad, pero Agustín añade: “En el quinto día se había dicho *produzcan las aguas*, no ánima viva, sino *reptiles de almas vivientes*, porque los cuerpos son reptantes, y todavía aquel pueblo en este quinto día servía a la ley, estando en el medio del mar de los gentiles, con la circuncisión carnal y los sacrificios. Llama, pues, a esta creación alma viva por la que comienzan los hombres a desear la vida eterna; las serpientes y las bestias que produce la tierra significan los gentiles que ya creen firmemente el Evangelio, de los cuales se dice en los Hechos de los Apóstoles lo que a Pedro se mostró en aquel vaso: *mata y come*; como él dijese que eran cosas inmundas, se le respondió: *lo que Dios purificó no lo tendrás tú por inmundo*” (Comentario al génesis contra los maniqueos 1, 23, 40).

### 3.6. La senectud o la vejez

Estamos hablando de una persona, diríamos hoy, de edad avanzada, una etapa de la vida que comienza en torno a los setenta años y en el que se advierte la decadencia, porque está en un estado de ruina física y mental. La senectud es una etapa de la vida, pero es una etapa con limitaciones, dice Agustín: “Yo no puedo ya sobrellevar tanto peso, pues aparte mi propia debilidad, notoria para todos los que me conocen íntimamente, se me ha echado encima la vejez, enfermedad común del género humano” (Carta 151, 13). Ya vemos que llama a la vejez “enfermedad común del género humano” y a sus fieles les dice en un sermón: “Mucho he hablado; disculpad a esta vejez locuaz, pero tímida y débil. Como veis, los años me acaban de hacer anciano, mas por la debilidad de mi cuerpo lo soy desde hace ya tiempo. De todos modos, si Dios lo quiere y me da las fuerzas, no os dejaré en la estacada. Orad por mí para que, mientras el alma more en este cuerpo y

disponga de fuerzas, muchas o pocas, pueda servir en la palabra de Dios” (Sermón 355, 7).

La sexta edad comienza con la venida de Cristo, la nación judía se había convertido en un anciano, de darse la muerte del hombre viejo. Esta etapa durará hasta el fin del mundo (cfr. Comentario al Génesis contra los maniqueos 1, 23, 40). Evidentemente Agustín, en su vejez, también tuvo achaques, él mismo nos lo dice: “De todos modos, yo no hubiese osado tratarlos si no me hubiese sacado de Hipona una convalecencia, en la que me sorprendió la llegada de tu emisario. Algunos días después se me han presentado de nuevo la fiebre y los achaques” (Carta 118, 34).. La senectud nos manifiesta la fragilidad, es decir, en la vejez las fragilidades son un hecho. Agustín reconoce su edad avanzada y no la oculta: “Todos en esta vida somos mortales, y el día último es siempre incierto para todos. En la infancia se espera la adolescencia; en la adolescencia, la juventud; en la juventud, la edad adulta; en la edad adulta, la edad madura, y en la edad madura, la senectud. Si se llegará a ellas o no, es incierto Pero, con todo, se las espera. Mas la senectud no tiene ninguna otra edad que esperar. Es incierto hasta cuándo le durará al hombre la senectud, pero es cierto que no le queda otra edad que suceda a la senectud. Porque Dios quiso, llegué a esta urbe en el vigor de mi edad. Entonces era un hombre adulto, ahora, en cambio, soy un anciano” (Carta 213, 1). Querámoslo o no, en esta edad se multiplican las debilidades y los problemas (cfr. Sermón 81, 8). Esta edad, desde el punto de vista espiritual, es la edad en la que el hombre viejo se renueva en el hombre interior (cfr. Ochenta y tres diversas cuestiones 58, 2).

La sexta edad que comienza con la venida de Nuestro Señor Jesucristo y durará hasta el juicio del Altísimo, es la más importante, las anteriores la preparan, lo mismo que los cinco primeros días de la Creación preparan el mundo para el sexto, donde Dios crea al hombre a su imagen y semejanza: “Según el Génesis, Dios acabó todas sus obras en seis días, y en el séptimo descansó. Atendiendo a la sucesión cronológica, el obrar de Dios distribuye al género humano en el tiempo en seis edades... Conforme al Génesis, en el sexto día el hombre es formado a imagen de Dios: en la sexta época del tiempo se manifiesta nuestra reforma en la novedad de la mente, según la imagen de quien nos creó” (Contra Fausto 12, 8).

### 3.7. La séptima y octava edad

De por sí la séptima ya no es edad, pero tiene su importancia ya que se designa como estancia en la patria y corresponde con el descanso en la creación. Curiosamente, sin tener demasiado claro el por qué, coincide con lo que se denomina octava edad: “Este octavo día simboliza, pues, la vida nueva que seguirá al fin del mundo, y el séptimo, el descanso futuro de los santos en esta tierra” (Sermón 259, 2). Agustín parece jugar con los términos octava y octavo: “En el número ocho está simbolizado todo lo que concierne al mundo futuro, donde nada crece o decrece en cuanto al tiempo, sino que permanece perennemente en felicidad inmutable. Y como el tiempo presente transcurre mediante el repetirse de espacios de siete días, con razón se llama día octavo a aquel al que llegan los santos después de las fatigas experimentadas en el tiempo, y donde la acción y el descanso no lo regulará el alternarse de la luz y de la noche, sino que tendrán perpetuamente un descanso vigilante y una acción no perezosa, sino infatigablemente ociosa. (Sermón 260 C, 3-4). Podemos resaltar en el texto la afirmación de que los que viven en el momento actual el sábado espiritual, es decir, la séptima edad, pueden alargarse a la eternidad y entrar así en el día octavo. De alguna manera parece insinuarse que así recupera la inmortalidad y la felicidad, que había perdido el hombre (cfr. Carta 55, 9, 17).

Como podemos observar la edad séptima y la octava parecen tener la misma clave de interpretación, con una referencia clara al descanso, pero sin ningún espacio de tiempo en el mundo: “Considero que debemos estudiar con el mayor interés y cuidado, por qué al séptimo día se le atribuye este descanso, pues veo en todas estas palabras de la divina Escritura como seis edades del mundo llenas de fatigas y penas y como determinadas con sus límites fijos, desembocando en una séptima en la que se espera el descanso; y que estas edades tienen una semejanza con estos seis días en los que se hicieron todas las cosas, que narra la divina Escritura haber hecho Dios” (Comentario al Génesis contra los maniqueos 1, 23, 35). Esta edad sería la de los justos en la gloria, pero antes de la resurrección final, por tanto, no es temporal, pero sí descanso. La cuestión es cómo ha de interpretarse tal edad. Si se interpreta este descanso como el que viven los santos en la tierra,

se llamará sábado o séptimo día y si se refiere al fin de los tiempos absoluto, sería el domingo o día octavo. De esta manera el descanso del séptimo día se puede traducir por sábado espiritual, mientras que el definitivo descanso sería el octavo día, el domingo, que es como el día primero de la última edad. El sábado espiritual le sirve a Agustín también para superar el milenarismo (cfr. *La ciudad de Dios* 20, 7, 1).

Agustín habla de una resurrección primera donde estaría el sábado de los santos, aunque lo que después afirma es que esta resurrección primera se refiere al alma (cfr. *La ciudad de Dios* 20, 10). Los santos reinan con Cristo, pero no sería como reinarán al final del tiempo, donde solo habitarán los santos (cfr. *La ciudad de Dios* 20, 9, 1). Ahora estarán como sábado espiritual, es decir, el día séptimo, después como día de descanso, día octavo (cfr. *La ciudad de Dios* 20, 21, 1). Nuestra peregrinación, piensa Agustín, culmina con el descanso, llamado reposo sabático, que es el día séptimo (cfr. *La ciudad de Dios* 22, 30, 5).

Podemos observar como la séptima y octava edad están de tal manera unidas que una vez se la llama séptima y otra octava, pero siempre hacen referencia al descanso y al cese de actividad, por lo que se los puede denominar sábado y domingo, o descanso en el tiempo o en la eternidad, pero siempre será el gran momento después de las seis edades y que indica la meta a la que está destinado el ser humano y, en cierto modo, la esperanza que sirve de motor de toda la vida humana. Los dos días séptimo y octavo integran el tiempo bajo la gracia y es como la vida en plenitud, bien como ensayo o como realización (cfr. *Confesiones* 13, 36, 51).

#### 4. LAS ETAPAS DE LA VIDA ESPIRITUAL

La idea de avance interior del ser humano está muy presente en el estoicismo, en Platón y en todo el neoplatonismo. Generalmente, pero sobre todo en el neoplatonismo y en cristianismo, la vida espiritual se considera un camino ascendente hasta llegar a la sabiduría y es frecuente que se señalen distintos peldaños de ascensión. Agustín nos presenta esta ascensión en el libro de la *Dimensión del alma* 33, 70-76. Allí nos habla de que el alma, en su elevación espiritual hacia el cono-

cimiento especial (mística), pasa por siete peldaños: la vida orgánica y vegetativa; la vida sensitiva; la vida intelectual; la virtud; tranquilidad (purificación del alma); entrada (en la luz); mansión (descanso estable en la mansión divina). Estos son los grados. Estos grados en el libro *El Comentario al Génesis contra los maniqueos*, están vistos desde otro ángulo, que es la vida cristiana y serían: acceso a la fe, obediencia a la disciplina, guerra a las pasiones, llegada al conocimiento espiritual, las obras, estabilidad de los pensamientos y de las obras, y perfección (Cf. *Comentario al Génesis contra los maniqueos* 1, 25, 43). Es también curioso la reflexión que hace Agustín en este otro texto, donde vincula las edades con las virtudes: “Vuestra infancia será vuestra inocencia; vuestra niñez, el respeto; vuestra adolescencia, la paciencia; vuestra juventud, el valor; vuestra edad adulta, el mérito; vuestra senectud no otra cosa que vuestra inteligencia canosa y sabia. No es que, al pasar por esas etapas o peldaños de la vida, te vayas transformando, sino que te renuevas permaneciendo lo que eres. En efecto, aquí no entra la segunda para que muera la primera; ni el surgir de la tercera supone el desaparecer de la segunda; ni nace la cuarta para que fenezca la tercera; tampoco la quinta envidiará a la cuarta para quedarse ella, ni la sexta dará sepultura a la quinta. Estas otras edades no llegan simultáneamente, pero permanecen juntas y en concordia en el alma piadosa y justa. Ellas te llevarán a la séptima, la del descanso y paz perpetua” (Sermón 216, 8).

En la primera edad de la vida, la infancia, que el hombre no recuerda, se está enteramente sometido a los sentidos: “en la infancia y en la puericia, vive sólo con los sentidos del cuerpo” (*Comentario al Génesis contra los maniqueos* 1, 24, 42). En lo que se refiere a la vida espiritual, el primer grado es la fe: “El primer día lo constituye la luz de la fe, cuando primeramente cree cada uno las cosas visibles, por cuya fe se dignó aparecer visiblemente el Señor” (*Comentario al Génesis contra los maniqueos* 1, 25, 43). Esta primera etapa es vista por Agustín, en otros momentos, como el tiempo de ser amamantados: “La primera se amamanta en el regazo de la provechosa historia, que nutre con sus ejemplos” (*La verdadera religión* 26, 49).

En el segundo día se creó el firmamento, figura en la segunda etapa de la vida espiritual. Una educación basada en la disciplina (doctrina

como disciplina), que marca una frontera firme entre lo espiritual y lo carnal. Agustín habla de la puericia como la edad de la razón que permite al hombre alcanzar lo divino o, por lo menos, la tensión hacia eso: “En la segunda, olvidándose de lo humano, se encamina a lo divino y, saltando del regazo de la autoridad de los hombres, se esfuerza con la razón para cumplir la ley soberana y eterna” (La verdadera religión 26, 49). Ciertamente, las dos primeras etapas no es fácil diferenciarlas y, de hecho, Agustín, en algunos textos como que las identifica (cf. Ochenta y tres diversas cuestiones 58).

El tercer día, separación de agua y tierra firme, se refiere a la adolescencia, la edad de la razón, se afirma y hace al hombre capaz de obrar y acceder al conocimiento. En la vida espiritual del individuo, la tercera etapa o grado consiste en el rechazo de los valores mundanos y de las malas pasiones: “En la tercera, más afianzada y dominadora del apetito sensual con la robustez de la razón, disfruta interiormente de cierto goce conyugal, porque se espiritualiza la porción inferior y se abraza la pudorosa continencia, amando por sí misma la rectitud del vivir y aborreciendo el mal, aunque todos lo consintieran” (La verdadera religión 26, 49). Se trataría de amar el bien de tal manera que se controlan por la razón las pasiones, porque esta edad es la edad de las pasiones, que tienden a desbordar al hombre.

La luz divina y la inteligencia son elementos imprescindibles de la cuarta etapa de la vida espiritual, que corresponde al día de la creación de las estrellas y el comienzo de la vida. Se trata de un fortalecimiento del hombre interior que le permite y capacita para afrontar las dificultades. Es la edad de la juventud, edad en la que se accede a funciones y responsabilidades públicas: “En la cuarta, todo lo anterior se asegura y ordena, y luce el decoro del varón perfecto, fuerte y dispuesto para todas las persecuciones y para sostener y quebrar en sí todas las tempestades y marejadas de este mundo” (La verdadera religión 26, 49).

La quinta edad tiene relación con la aparición de los reptiles y las aves en el quinto día de la creación, que en el ámbito espiritual se nos exige el imperativo del servicio a Dios en obras de servicio al prójimo y la predilección por una nueva era: “La quinta es apacible y tranquila de todo punto, y se solaza en las riquezas y abundancia del

reino inalterable de la soberana e inefable sabiduría” (La verdadera religión 26, 49).

El sexto día se trata de la tierra y lo que la llena y proporciona a Agustín la analogía necesaria para hablar de la sexta etapa de la vida espiritual. Se trata de la transformación del hombre en imagen de Dios y de la sabiduría y el descanso: “La sexta trae la transformación completa en la vida eterna y, con el total olvido de lo temporal, el tránsito a la forma perfecta, que fue hecha a imagen y semejanza de Dios” (La verdadera religión 26, 49).

La séptima etapa es la del reposo y la paz: “La séptima es el descanso eterno y la bienaventuranza perpetua, que ya no admite edades. Pues como el fin del hombre viejo es la muerte, el del nuevo es la vida eterna” (La verdadera religión 26, 49).

Es constante en Agustín esta reflexión septiforme y lo hace relacionando la ascensión ascética, los dones del Espíritu santo, los grados de felicidad, por ejemplo: “*Purificada siete veces*: mediante el temor de Dios, la piedad, la ciencia, la fortaleza, el consejo, la inteligencia, la sabiduría. Efectivamente, son también siete los grados de la felicidad, que el Señor expone en ese mismo sermón que, según Mateo, tuvo en la montaña: *Dichosos los pobres en el espíritu, dichosos los mansos, dichosos los que lloran, dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, dichosos los misericordiosos, dichosos los de corazón limpio, dichosos los pacíficos*. Puede observarse que ese sermón prolijo fue pronunciado, entero, acerca de estas siete máximas. Efectivamente, la octava, donde está dicho «*Dichosos los que sufren persecución por la justicia*», alude a ese fuego mismo que siete veces comprueba la plata” (Comentario al salmo 11, 7). Como vemos interpreta las bienaventuranzas como una escala ascético-mística y las relaciona con los dones del Espíritu Santo.

La relación de los dones con la ascensión a la felicidad por grados, la específica con frecuencia: “Me parece que esta septiforme operación del Espíritu Santo de la que habla Isaías corresponde a estos grados y sentencias. No obstante, interesa el orden (cfr. Sermón de la montaña 1, 4, 11). En la interpretación agustiniana la elevación ascética se identifica con el camino que procede de los dones del Espíritu, por lo que más parece mística que ascética, ya que sin la gracia nadie es capaz de

interiorizarse y todo el itinerario espiritual amenazaría ruina. Al finalizar su reflexión sobre el sermón de la montaña, dice Agustín: “Por esto, este número siete me advierte que también estos preceptos se relacionan con aquellas siete sentencias que el Señor expresó al principio del sermón, al hablar de las bienaventuranzas y con las siete operaciones del Espíritu Santo que enumera el profeta Isaías. Pero, bien sea que se tenga en consideración este orden u otro, lo importante es que se debe poner en práctica lo que hemos oído del Señor, si queremos edificar sobre piedra” (Sermón de la montaña 2, 25, 87). Este esquema se repite en los sermones, con mucha frecuencia y es determinante en el pensamiento agustiniano.

SANTIAGO SIERRA, OSA